

SEXORITA de 26 años, atractiva, quisiera entablar amistad con fines matrimoniales, con hombre culto de 30 a 35 años. Teléfono: Tal. Llamar solamente de 18 a 18.30 hs. Indefinido hablar si no hay buenas intenciones. Preguntar por Marina.

# MARINA

Por José Juan Botelli

Para LA VOZ DEL INTERIOR

Pablo leyó abortido el verso en su corazón. Le llamaba. Aunque él tenía 33 años, quién sabe si pudiera ya ser aceptado puesto que la joven ponía un límite en los 35. De que era culto estaba seguro, por lo menos así lo creía. Ya era hora que fuese pensando en casamiento; bueno, que siempre lo había estado pensando de un tiempo a esta parte, por el otro el que con las muchachas de su barrio no hubiese podido nunca hacer migas como para llegar a más de la amistad frías, las bromas y nada más. Esa misma tarde llamaría, aunque más no fuese a ver qué ocurriría: de todos modos aquí no tendría un par de ojos femeninos que pudieran mirarlo de frente. Todo por teléfono; no estaba mala la cosa...

Almorzó nervioso, siempre pensando en las seis de la tarde. Seguramente que no sería el único —recapacitó— tratante que se le presentara en el día. Posiblemente en la tarde, cuando él se fuera a casa, a ver si podía encontrar un marido por teléfono. Y ya perdió un poco su idealismo inicial. Vaya que fuera una vulgar aventurera. Es claro que había también en el aviso, un "quién sabe si no hay buenas intenciones". A la altura de esos oscuros razonamientos eran las seis y diez de la tarde; pasaron otros diez minutos en otras cavilaciones similares, en lucha entre optimismo y pesimismo, hasta que por fin se decidió a llamar. Temblorosa marcó el número y esperó constatación: "¿Habla con Marina?". "No señor, equivocado". Estaba tan nervioso que ni siquiera pensó que podía equivocarse y hasta atender un hombre, como ocurrió.

Otra vez, ya con gran cuidado, volvió a diseñar y se dio con ocupado; una y otra vez llamó y volvió a la última llamada la había hecho ya a las siete menos cuatro; tras una quinta intención, se desplomó exhausto en un sofá. ¡Seguramente que ya se la habían ganado a esta también "siempre por teléfono". Se recombinó para sí. Se torturó con toda clase de tribulaciones llegando a autocalificarse desde himself, solterón, incapaz...

Luego fue a dar una vuelta por ahí, a desahucarse un poco. Eso de las cosas de la noche volvió a su departamento de "solterón joven". ¿Y si llamara ahora? — se preguntó. Inmediatamente tomó el teléfono y disció nervioso pero cuidadosamente; sus latidos se apresuraban ante la emoción de la espera. Al sentir que en el otro extremo alguien levantaba el tubo, casi desfallece de asombro: "¿Habla Marina?". — se atrevió a balbucear sin atinar a iniciar la charla de otra manera y por más que tenía un plan casi literario. "¿Sí... le contestaron... con ella habla... ¿que desea?". "¿Eso... sea... yo llamaba por ese aviso de la revista... Este quisiera saber si quisiera conocerla. Usted sabrá decir qué debo hacer... — Es muy sencillo y muy complicado para mí, como usted puede suponer. Seré breve y conciso: Yo quedé huérfano y quiero casarme, pero debido a mi falta de relaciones... en fin, naturalmente que quiero tener mucho cuidado. El primer paso será conocerlo indirectamente, es decir, como a los otros cinco que llamaron más temprano, tengo que decirle a usted que para reconocerle deberá pasarse por la vereda que queda entre Florida y Malibú. Yo lo estaré mirando desde alguna parte. Para los otros cinco

tengo otros señales de identificación. Otros, pues, que vaya con un libro rojo y sin sombrero... y aclaro que no me importa si usted es calvo. No olvide, mañana a las seis de la tarde, camina lentamente por ese trayecto... No olvide el libro rojo y en la mano izquierda, para poder ubicarlo. Deme su nombre y teléfono, si llega a ser el elegido."

Por las dudas, hizo seis pasadas por la cuadra; disimuladamente miraba hacia techos y ventanales de los edificios altos, en alguna parte estaba ella. De no ser que la viese seguramente hallado ridícula su situación, pero no reparó lo más mínimo en lo que estaba haciendo, aunque se sentía un tanto acomplejado en que se le pudiera estar mirando desde arriba, por su calvicie incipiente, ello aún ante el "¿aunque no me importa si usted es calvo?".

Resesó a su departamento y empezó a pasar las horas y los días de espera. Cada llamada telefónica se transformaba en un salto reflejo de una angustiada sospecha. Cuatro días después, sus esperanzas empezaban a transformarse en una vedada resignación, recibió la llamada de su esperanza: "Lo espero esta tarde a las seis en la Plaza Rodríguez Peña. Usted deberá descubrirme; por lo demás ya sé como es usted, físicamente. Por eso quiero dejar algo del juego al destino... Si no se da cuenta cuál puede ser yo, preferiré no ir hacia usted. Y colgó el tubo. Quedó alelado; esto le parecía demasiado misterioso para tolerarlo en serio; el juego de alguna que otra vez, con una mastada maestría para provenir de una joven digna de merecer la confianza de futura mujer-esposa. Pero siguió adelante. No pudo resistirse a pesar de su timidez.

A las seis de la tarde se fue a la plaza Rodríguez Peña. Ya en su primer paso sobre la vereda dio una ojeada a los bancos y pudo apreciar un joven de ellos a una bella mujer joven de cabello castaño claro, a cuyo lado jugaba un niño de tres años —posiblemente un sobrino, pensó— y ante el temor de demostrar que no era capaz de reconocerla se fue directamente hacia ese banco y se sentó a su lado. Ella lo miró ligeramente y él logró vencer todos sus temores antes de caer en nuevos autorealizaciones: "¡Juro que esta vez no la dejo escapar!... ¡La esperé toda mi vida! ¡dijo con una voz quebrada y casi atiplada que no le pertenecía.

Ella lo miró y sonrió. Se inició allí un diálogo de insospechada afinidad, un romance rápido como de amantes encontrados que no quisieran perder más tiempo en esas separaciones. Ese encuentro culminó en una primera cena... con el niño, es claro, y posteriormente en el matrimonio, con el niño también porque como se puede suponer, la muchacha era una hermosa y joven viuda con un hijito.

Ya en casa... es decir casados, Pablo no preguntó jamás por el pasado a su esposa. Ni le interesó al casado que el verdadero nombre de ella no fuese Marina, ni que tampoco fuera en realidad la novia telefónica; para él, ella era primordialmente la maravillosa mujer que había roto con su temor a las relaciones al amor y al matrimonio.

Quién sabe si la verdadera Marina, tras la fallida audacia del momento que le resolvió recurrir a un aviso de "El Corazón te llama", no habrá jurado quedarse soltera por vida, con la certeza de que el destino existe... Lo vio y lo compró en la Plaza Rodríguez Peña, en donde perdió su prometido telefónico, tras la humillación de verlo irse con otra. Todo por "dejar algo del juego al destino". Salta, 1966.

# Pícaras y Pícaras en la Literatura Española

Por Alba Omil

Para LA VOZ DEL INTERIOR

Si bien entre los protagonistas de la novela pícaras suelen encontrarse tanto figuras masculinas como femeninas, habría que ver hasta qué punto las pícaras reúnen los atributos que caracterizan al anti-héroe que tan bien intuye ya en el siglo XIV el Arcipreste de Hita: "Era miltroso, bebedo, ladrón e mesturero / refidior e adivino, suco e agorero / no quiseros; tal es mi escudero". Si tenemos en cuenta los rasgos generales que caracterizan al pícaro en seguida podremos ver que ellos no se dan en la misma medida en las llamadas "pícaras".

Nada más lejos de la vida desaharrada y sin amparo del pícaro que, sin ambiciones, sin pretensión alguna, ni por el prójimo, sin sujeción a ninguna regla, deja correr sus días, viviendo su presente lo mejor y más descansado posible. El ambiente: Si bien son las grandes ciudades las que sirven de escenario tanto a pícaros como a pícaras, aquel donde se mueven estas jóvenes bellas, limpias y lozanas, no es un ambiente sórdido, bajo, gris y sucio como el que aparece en las novelas pícaras más conocidas, sino barrios distinguidos, casas señoriales, salones posadas, como se desprende de los ejemplos anteriormente citados.

Pobreza y hambre constantes: Las pícaras viven en la opulencia, viajan en los mejores carruajes, comen y beben siempre lo más selecto y exquisito (De Portugal le enviaba olores atractivos, costosos dulces y barros golosos; de Venecia generosos vidrios; de Galicia pescados; de la montaña pernilles; de Sevilla, aceitunas de Aragón, frutas... (7). Cada vez que se nos desrecorran las hamburinas de Lázaro, las experiencias estomacales de Pablos en el internado de Cabra, los "de a cuatro", las sopas tísticas aderezadas con cabos de velas de sebo que preparaba el ama de Alcalá en El Buscón; las repugnantes tortillas de huevos hueros que le sirvieron a Guzmán en una posada.

La mala suerte: Compañera inseparable del pícaro, no sobrevive la vida de las pícaras, escriben estas cosas parecen tener un diablo protector que las hace salir airozas aun de las situaciones más difíciles: Justina logra salvarse milagrosamente de la bigornia, Elena (8) y Teresa de Manzanares (9) en más de una ocasión, no solo salvan su vida sino que de cada trance salen más y más adineradas. Lo mismo puede decirse de Rufina (10).

Falta de ideales como la honra: Ya hemos visto cómo en la vida del pícaro, la honra no juega ningún papel; este dato, como caracterización de un personaje, es muy importante y se repite casi sistemáticamente en todos ellos, no así en ellas. Hemos encontrado, al respecto, un ejemplo muy ilustrativo en la vida de Teresa de Manzanares quien se refiere, sin hipocresía, en más de una oportunidad, a su honra:

"Alguém una casa sola, bastante para mi corte familia, que con dos esclavos, el venerable Briones, escudero y comprador y una mozoleta que sirve en la cocina. Adorné las paredes, compuse mi estado y compré lo que me faltaba para tener una casa aseada y que pareciese de mujer principal (4). "La familia era una esclava que compré

Por suerte su trabajo era más o menos independiente. Y pensaba hasta en el libro que le vendría a llevar... Vaya que ella se le presentara, aunque no había mucha para elegir ya que lo que importaba aquí era el color. "¿Cuál sería el lugar desde donde ella pudiera mirarle?". Nuevas dudas e intrigas le roían el corazón:

# Pícaras y Pícaras en la Literatura Española

Por Alba Omil

Para LA VOZ DEL INTERIOR

Si bien entre los protagonistas de la novela pícaras suelen encontrarse tanto figuras masculinas como femeninas, habría que ver hasta qué punto las pícaras reúnen los atributos que caracterizan al anti-héroe que tan bien intuye ya en el siglo XIV el Arcipreste de Hita: "Era miltroso, bebedo, ladrón e mesturero / refidior e adivino, suco e agorero / no quiseros; tal es mi escudero". Si tenemos en cuenta los rasgos generales que caracterizan al pícaro en seguida podremos ver que ellos no se dan en la misma medida en las llamadas "pícaras".

Nada más lejos de la vida desaharrada y sin amparo del pícaro que, sin ambiciones, sin pretensión alguna, ni por el prójimo, sin sujeción a ninguna regla, deja correr sus días, viviendo su presente lo mejor y más descansado posible. El ambiente: Si bien son las grandes ciudades las que sirven de escenario tanto a pícaros como a pícaras, aquel donde se mueven estas jóvenes bellas, limpias y lozanas, no es un ambiente sórdido, bajo, gris y sucio como el que aparece en las novelas pícaras más conocidas, sino barrios distinguidos, casas señoriales, salones posadas, como se desprende de los ejemplos anteriormente citados.

Pobreza y hambre constantes: Las pícaras viven en la opulencia, viajan en los mejores carruajes, comen y beben siempre lo más selecto y exquisito (De Portugal le enviaba olores atractivos, costosos dulces y barros golosos; de Venecia generosos vidrios; de Galicia pescados; de la montaña pernilles; de Sevilla, aceitunas de Aragón, frutas... (7). Cada vez que se nos desrecorran las hamburinas de Lázaro, las experiencias estomacales de Pablos en el internado de Cabra, los "de a cuatro", las sopas tísticas aderezadas con cabos de velas de sebo que preparaba el ama de Alcalá en El Buscón; las repugnantes tortillas de huevos hueros que le sirvieron a Guzmán en una posada.

La mala suerte: Compañera inseparable del pícaro, no sobrevive la vida de las pícaras, escriben estas cosas parecen tener un diablo protector que las hace salir airozas aun de las situaciones más difíciles: Justina logra salvarse milagrosamente de la bigornia, Elena (8) y Teresa de Manzanares (9) en más de una ocasión, no solo salvan su vida sino que de cada trance salen más y más adineradas. Lo mismo puede decirse de Rufina (10).

Falta de ideales como la honra: Ya hemos visto cómo en la vida del pícaro, la honra no juega ningún papel; este dato, como caracterización de un personaje, es muy importante y se repite casi sistemáticamente en todos ellos, no así en ellas. Hemos encontrado, al respecto, un ejemplo muy ilustrativo en la vida de Teresa de Manzanares quien se refiere, sin hipocresía, en más de una oportunidad, a su honra:

"Alguém una casa sola, bastante para mi corte familia, que con dos esclavos, el venerable Briones, escudero y comprador y una mozoleta que sirve en la cocina. Adorné las paredes, compuse mi estado y compré lo que me faltaba para tener una casa aseada y que pareciese de mujer principal (4). "La familia era una esclava que compré

"¡Bah! seguramente que ha de ser una frivola que está acostumbrada a estar en juego, se dijo al pensar que podía no ser él el elegido. Además tendría que empezar mintiendo... tenía 38.

El día siguiente llegó, naturalmente, y puntual se pasó con el libro a la hora convenida; se cruzaba con otros a los que miraba sospechosamente. Uno con un clavel rojo en el ojal, otro con uno blanco. Uno de los "sospechosos" llevaba también un libro en la mano izquierda, aunque no rojo como el de él... ¿Sería pura casualidad? — preguntó — y también en la izquierda.

Por las dudas, hizo seis pasadas por la cuadra; disimuladamente miraba hacia techos y ventanales de los edificios altos, en alguna parte estaba ella. De no ser que la viese seguramente hallado ridícula su situación, pero no reparó lo más mínimo en lo que estaba haciendo, aunque se sentía un tanto acomplejado en que se le pudiera estar mirando desde arriba, por su calvicie incipiente, ello aún ante el "¿aunque no me importa si usted es calvo?".

Resesó a su departamento y empezó a pasar las horas y los días de espera. Cada llamada telefónica se transformaba en un salto reflejo de una angustiada sospecha. Cuatro días después, sus esperanzas empezaban a transformarse en una vedada resignación, recibió la llamada de su esperanza: "Lo espero esta tarde a las seis en la Plaza Rodríguez Peña. Usted deberá descubrirme; por lo demás ya sé como es usted, físicamente. Por eso quiero dejar algo del juego al destino... Si no se da cuenta cuál puede ser yo, preferiré no ir hacia usted. Y colgó el tubo. Quedó alelado; esto le parecía demasiado misterioso para tolerarlo en serio; el juego de alguna que otra vez, con una mastada maestría para provenir de una joven digna de merecer la confianza de futura mujer-esposa. Pero siguió adelante. No pudo resistirse a pesar de su timidez.

A las seis de la tarde se fue a la plaza Rodríguez Peña. Ya en su primer paso sobre la vereda dio una ojeada a los bancos y pudo apreciar un joven de ellos a una bella mujer joven de cabello castaño claro, a cuyo lado jugaba un niño de tres años —posiblemente un sobrino, pensó— y ante el temor de demostrar que no era capaz de reconocerla se fue directamente hacia ese banco y se sentó a su lado. Ella lo miró ligeramente y él logró vencer todos sus temores antes de caer en nuevos autorealizaciones: "¡Juro que esta vez no la dejo escapar!... ¡La esperé toda mi vida! ¡dijo con una voz quebrada y casi atiplada que no le pertenecía.

Ella lo miró y sonrió. Se inició allí un diálogo de insospechada afinidad, un romance rápido como de amantes encontrados que no quisieran perder más tiempo en esas separaciones. Ese encuentro culminó en una primera cena... con el niño, es claro, y posteriormente en el matrimonio, con el niño también porque como se puede suponer, la muchacha era una hermosa y joven viuda con un hijito.

Ya en casa... es decir casados, Pablo no preguntó jamás por el pasado a su esposa. Ni le interesó al casado que el verdadero nombre de ella no fuese Marina, ni que tampoco fuera en realidad la novia telefónica; para él, ella era primordialmente la maravillosa mujer que había roto con su temor a las relaciones al amor y al matrimonio.

Quién sabe si la verdadera Marina, tras la fallida audacia del momento que le resolvió recurrir a un aviso de "El Corazón te llama", no habrá jurado quedarse soltera por vida, con la certeza de que el destino existe... Lo vio y lo compró en la Plaza Rodríguez Peña, en donde perdió su prometido telefónico, tras la humillación de verlo irse con otra. Todo por "dejar algo del juego al destino". Salta, 1966.

# Poesía de Alejandro Nicotra

Por Julio Requena

PARA LA VOZ DEL INTERIOR

PARA Alejandro Nicotra la poesía no es sólo un modo de responder a la urgencia creadora que el ser del hombre experimenta frente a la realidad circunstancial: es la expresión misma de la vida en su sentido más trascendente. Hay en toda la poesía de Nicotra una actitud de romanticismo legítimo, es decir receptor del mundo fenoménico, donde el yo no es un movimiento de apropiación de él, sino más bien un recurso para buscar la unidad perdida entre el hombre y la naturaleza. Cuando el pensamiento es el resultado de un sentimiento —es una vivencia— y no la mera capacidad intelectual de ordenar la vida en sistemas o ideologías entonces el poeta encuentra su verdadera su misma poesía. Al leerse, se recibe educándose en público oyente; al transmitirse, se sorprende emotivamente. El poema es parte suya, pero al mismo tiempo se reparte a los demás. De tal modo sus bienes ocultos resplandecen en dimensión entrañable en este acto de darse y prodigarse a ella, para que ella embellezca con palabras la génesis espectacularmente poética del mundo.

Nicotra es un agradecido de los misteriosos domes líricos; y también: "Oh poesía, noble compañera / del diálogo / arrimo de la lumbre, / que todo das al que ya nada espera". Dentro de esta sencillez expresiva, la inspiración surge nimbada por la espontaneidad y la claridad estilística ilumina un fondo sentimental de realidad concreta. La vida como abstracción —y toda abstracción íntimamente engendra la absurdidad— no tiene sentido para Nicotra, quien apelete un universo y el paisaje notado por los símbolos que la propia realidad se encarga de frutecer al conjunto de la rápida asociación de ideas comparativas. La sustancia poética fluye así ceñida a un espacio verbal de emanaciones colidias, de paisajes y anécdotas realistas, sin que ello signifique escamotear la percepción de las esencias palpando en la definición de los seres. Nicotra no describe como pretexto para un proceso metafórico, ni pronuncia palabras o especulaciones existencialistas. Ella se transcribe en un diálogo general que particulariza su vibración en una entonación casi monológica, casi de mística unión por la pureza de la ensañación desbordando las fronteras de la mente o el contorno paisajístico.

Quizá el rasgo que pronto caracteriza el poetizar suyo sea ese transparente velo de pudor ensañativo que vuelve tenue su intención comunicativa, y hace al lenguaje descargarse de su gravitación sensoria, aún participándola y utilizándola. Se nota en Nicotra, se patentiza en su palabra, al llegar al oído, al oyente, sin premeditar los contenidos verbales. Simultáneamente la presencia metafísica del misterio flota en un aire persistente que protege la imaginación del poeta, e imprime a su percepción sentimental la indefinible sensación de aquello que no es propiedad del intelecto; y Nicotra describe: "Es un niño de aire y silencio, / que está a mi lado, que está a tu lado. / Sobre su tras frente juntas, / como los ojos levantados. / Sobre su triste amiga, / pondré mi mano, pon tu mano. / Es un niño de aire y silencio, / que nos está mirando". La imagen arcaica del niño parece ser en Nicotra una constante sociológica que humaniza la vigilia y el tránsito del poeta desde la lejanía metafísica, representando el valor de una realidad intraducible en planos verbales, pero existente al nivel de la contemplación imaginativa.

En su último libro, "Nuevas Canciones", reitera: "Sobre las torres centenarias, / nos mira, el cielo, como un niño". En este libro el poeta corrobora rinde un fervoroso homenaje al suelo que sustentó sus años y prologó sus sueños. Más que invocación, Córdoba es una vocación amorosa en su obra lírica; no la continuidad modificada de una referencia turística, nominal, sino la referencia a la misma fundación de su ser hincado en la poesía. Ello explicará la decisión del poeta de considerar válida su obra a partir de "Cuaderno de Córdoba" (1957), donde la simple adjetivación posesiva de "Córdoba: mi ciudad" adquiere significación reveladora de la pertenencia espiritual en que ella ha intervenido en la formación de su estética. Así en el poeta de Villa Dolores no suena a cosa gratuita esta exaltación del territorio natal, con sus alusiones a los elementos constitutivos de su fisonomía asfáltica o serrana. Es tal vez el motivo central de su canto, la epopeya sanguinea de su desarrollo poético en medio de una naturaleza viva, frágil, amalgamando los sentidos con las sombras cristalinas de los pájaros, con las batutas de sus alamedas. Y en un soneto convencional y solicitante, ansía: "Oh Córdoba, Oh ciudad del sueño, dame / la vigilia que anhela mi esperanza, / la paz fundada en soledosa guerra! / Aquella voz que te cantó, que clame... / ¡pero otórgame un día la luz mansa, / el sabio azul de tu distante sierra!".

Si Córdoba está corripozada tras la frente del poeta, la invocación se espigará en riqueza adjectival concreta. Para ello, Nicotra emplea adecuaciones estilísticas gratas ya al movimiento modernista, tales como las sinestias o sea el cambio de sensaciones percibidas por un sentido distinto al que corresponde a las palabras; y brotan adjetivos metafóricos como "ciel verde", "sol arcaico", "verdes suspiros". Esta plasticidad de Nicotra se alía a una rítmica entonación

que cristaliza en sonetos de lograda y suave musicalidad, donde los signos admirativos juegan situaciones de entusiasmo y asombro. Pintor musical el estilo de Nicotra halla en el soneto un conciso y valioso cabellete del paisaje o un lienzo anecdótico bordado de sinceridad. Es que la forma, el predominio del rigor formal, cobra en la artesanía rítmica de Nicotra una genuina pasión arquitectónica del espíritu. El "horror al vacío" no aprisiona su siquismo; él cree que tal como la vida diseña a los seres y los estructura en destinos orgánicos, el poema debe igualmente nacer y desenvolverse terminado, hecho, con un corazón interior en movimiento.

"Nuevas Canciones" testimonia la tradición lírica de lo formal, y en el temático aborda diferentes momentos. ¿Cuáles? La confianza de la nostalgia, la callada comprobación de la noche dadora de enigmas, el percedero irse de las cosas, la inquietud del tiempo que teje y desteje sus alucinaciones, el sabor de la fruta mordida en la plenitud del sueño, la amada visitando los menesteres de la ilusión. El tiempo —la meditación antropocósmica del tiempo— ahonda en Nicotra las preocupaciones existenciales de siempre. Pero en él la concepción temporal es un resignado hallazgo de su irreversible misterio y devoramiento. En su poema "Otoño", reflexiona: "Una vez más, la niebla de los montes, / Una vez más, el fuego de los álamos. / En el cristal, la frente pensativa. / En la ronda del sueño, / Esta invasión de la vida original buena parte de la temática del libro, y la pregunta por el tiempo se condensa en frecuentes signos interrogativos, que de por sí son apoyaturas filosóficas para indagar en lo inmensurable: "¿En dónde están los fescos naranjales? / ¿Dónde la sala de una edad ya ida? / Cuando el poeta ensaya tales preguntas, su actitud no está diciendo que se refugia en el pasado, allí donde "la nostalgia mora", y su expresión se tiñe del aroma del pretérito. Sin embargo, en la asculante comprobación del presente, Nicotra sabe que existe otro reloj capaz de detener en su instante mágico la erosivante fugacidad de las cosas, y este reloj en que el tiempo cesa, es la amada.

Sólo la mujer amada se mueva en esta provocación de tiempo recuperado para el poeta. Tiempo recuperado: tiempo rehuanizado, tiempo sin espejismos. "Elegía de la Calera" es el poema donde Nicotra interroga: "¿Recordará, un día / si el tiempo agrava en el final espacio / nuestra distancia, un día / esos montes violetas, / esas promesas dichas a la sombra, / ese vagar en sueños, / aquel coro / del río y la montaña?". Y ya en trance de desentrañar su personalidad como poeta y hombre a la vez, se dice: "A una imagen nombre: Córdoba / Niña; a la otra he nombrado. / Detrás de mis dos imágenes, / ¿qué ha quedado? ¿qué ha quedado?". Sólo el sueño queda, detrás de toda experiencia poética, y Nicotra encuentra en la virtualidad redescubridora del sueño una realidad imaginaria, el punto de partida de la misma realidad fenoménica. Cosas y hechos caerían de sentido sin el sujeto humano que los determina, y el hombre es sueño arraigado en voluntad onírica; por eso Nicotra sabe que "la noche en mis sueños se demora". El verbo soñar puede admitir potencialidad material de acción creadora, y entonces: "Me puse a soñar aguas y trigo / entre torres de vuelos coliales". Y, finalmente, la posibilidad última del sueño se arracima en las sílabas solidarias del canto, en la poesía que camina hacia los amigos y las circunstancias del diálogo. Una marcada insistencia de ir y estar en un continuo tornavieja al ámbito cordial de los amigos, indica que con la misma frecuencia existe en Nicotra el "diálogo interior", por cuya secreta voz confesional se desahoga el espíritu, por cuya franca tentativa de proximidad, el yo, pluralizado en virtud del canto estimulado por el sueño, se realiza precisamente fuera de su acción egocéntrica. Y, desnudo como un raíz de río reconcido, se retroutrata: "Y éste es mi sueño; cantar / siempre, en el humano coro, / con voz fraternal. / Y oír / la voz del Dios silencioso".

Dentro del panorama de la poesía cordobesa actual, Nicotra viene componiendo una obra de sincera dignidad, y por eso mismo de elevada conciencia creadora. Puede destacarse, por tanto, que poetas como él ejemplifican una seria reacción contra las extravagancias de la desgarrada y contrahecha poesía informal de nuestros días. Las ciudades del interior confirman este fenómeno de respeto a la solemnidad lírica. A diferencia de Buenos Aires, los poetas del interior en su mayoría guardan ese recato, ese decoro y esa devoción por el rigor formal —o al menos, a la palabra incontaminada de bellezas y chaburas— que simboliza un proceso de pureza constructiva. La moda no dicta en ellos sus postulados anárquicos. Después de todo, la poesía es siempre una, y hablar de la decadencia del verso formal no tiene sentido. Al contrario, frente a la devastación padecida por los absurdos "anti-poemas", por los "poemas signistas", o cualquier tipo de intento explotivamente heterodoxo, resulta conveniente poder leer poemas que conservan principios emocionales y técnicos creyentes de esa "sabiduría interna" de todos los tiempos. Alejandro Nicotra se mantiene fiel al juramento solemne con la poesía, sin importarle pertenecer a los obstinados vanguardistas que creen que la poesía está en el intelecto, destruyendo la espontaneidad vital de "vivir en poesía" y de apreciar su decantación del ser lingüístico.

Y al hablabamos de la poesía, lo hace alado de asombro y pleno de anímico universal:

¡Contigo estoy, en amistad eterna, mientras mi corazón a su costumbre, mientras calla la noche pasajera!

# CENTENARIO DEL "LENGUAJE" DEL MATE

Por Amaro Villanueva

Para LA VOZ DEL INTERIOR

El año venidero se cumplirá el centenario del registro bibliográfico del "Lenguaje del Mate", recogido por el doctor Pablo Mantegazza durante los pocos años de su radicación entre nosotros, en tiempos de la Confederación Argentina. Estimándolo como un poético testimonio de la costumbre, que comparó al lenguaje de las flores, entonces de gran vigencia en el espíritu italiano, lo incorporó al capítulo dedicado al estudio de la yerba y el mate, en su libro "Rio de la Plata e Tenerife", editado en el año 1867.

El conocimiento de ese "lenguaje del mate", completamente olvidado en nuestro país, se actualizó a través de la versión del Dr. Juan Heller, jurisperito e intelectual tucaumano, a quien se debe la traducción española de los capítulos de dicha obra de Mantegazza relativos al Rio de la Plata, que la Universidad de Tucumán editó, en 1916, en un volumen extensamente titulado "Viajes por el Rio de la Plata y el interior de la Confederación Argentina". De ahí lo tomó el Dr. Ricardo Rojas, incluyéndolo en su "Historia de la Literatura Argentina", al tratar el "folklore gaucho". Vale la pena transcribirlo, con las breves pero significativas consideraciones que formulara el sabio. La versión es de Heller:

"La poesía misma ha querido inmortalizar con su mágico pincel la historia de esta yerba y así como en Europa tenemos el lenguaje de las flores, tienen en América también el del mate. Hélo aquí en toda su ingenua expresión: "El mate amargo significa indiferencia. "El mate dulce, amistad. "El mate con toronjil, disgusto. "El mate con canela, ocupas mi pensamiento. "El mate con azúcar quemada, simpatía. "El mate con cáscara de naranja, ven a buscarme. "El mate con melisa, tu tristeza me aflige. "El mate con leche, estima. "El mate con café, ofensa perdonada. "Aprended de memoria este breve diccionario, concluí Mantegazza, si queréis ir a América y leer los sentimientos de la señorita que os ofrece."

cerá el mate envuelto en su más fino paucelo, para que no os escaldéis las manos".

En realidad, el testimonio salvado por Mantegazza es ajeno a nuestro auténtico folklore, porque no es de origen popular: se trata de una réplica adaptada al ambiente de salones, propia de la época en que el mate dulce —con el que se particularizaban las tertulias y reuniones sociales de las clases ricas. Lo cual no le resta valor, por cierto, para la sociología argentina, o como documento típico y de época; ni tampoco quita mérito a la feliz iniciativa del sabio que lo salvó del olvido, en acto de tan simpático significado para los argentinos. Aparte de que ha tenido la virtud de llamarnos la atención sobre la importancia de ciertos antecedentes culturales propios, que conviene rastrear

Por lo demás, habría bastado observar que el mate amargo sólo tiene una referencia previa y excluyente, que nada, puesto que traduce "indiferencia", para abrigar una duda inicial acerca de la autenticidad folklórica de ese lenguaje, puesto que excluir el cimarrón implica excluir el mate más popular, al menos en la región litoránea, donde el sabio estuvo radicado y donde es presumible que lo recogiera. Ese solo hecho, que ya supone dos limitaciones respecto de su ámbito folklórico, constituye un estímulo más que suficiente para suscitarse, en el espíritu del investigador, la tentación de someter el testimonio a un análisis detenido, para identificarlo y ubicarlo. Y, tras este alerta, muy pronto se comprueba que se trata de un "lenguaje del mate dulce", es decir, del tipo de infusión que admite toda esa gama de aditamentos —séspsis que ilustran otro sabio, el francés Martín de Moussy, a llamarlo "el mate de los refinados y las mujeres de la ciudad".

Por otra parte: ¿a quién, que no sea un fandú (es fama que el fandú traga cualquier cosa), se le ocurriría imaginar a un gaucho tomando mate de leche o con canela, porque su "poor es nada" quiere expresar, así, que lo estima o que ocupa su pensamiento...? Buenos Aires, 1966.



ALEJANDRO NICOTRA

- 1) Lazarillo de Tormes, Historia de la vida del Buscón. Guzmán de Alfarache. El Donado Hablador, respectivamente.
- 2) Los críticos coinciden en esta caracterización del pícaro.
- 3) Valbuena Prat: Prólogo a la novela pícaras española. Madrid, 1956, pág. 1422.
- 4) Idem: La Garduña de Sevilla. Idem, pág. 1985.
- 5) A. de Salas Barbadillo: La hija de Celestina. Idem, pág. 917.
- 6) A. de Salas Barbadillo: La hija de Celestina. Idem, pág. 917.
- 7) Part. I, Cap. II, Id. Id.
- 8) Salas Barbadillo: La hija de Celestina. Id. Id.
- 9) Castillo Solórzano: La hija de los embustes.
- 10) Castillo Solórzano: La hija de los embustes, ed. cit., pág. 1370, 1364 y 1366, respectivamente.

EN una excelente novela que Editorial Sudamericana acaba de publicar, "De la noche, hasta el infierno", Helén Ferro va más allá de la mera descripción de un ambiente y de caracteres, hurgando hasta en la raíz de los fenómenos que la observación superficial encuadra en el concepto de lo social cuando en rigor son de índole de lo humano, que es lo esencial que en lo social se diluye. Hace aserciones muy rotundas y muy dignas de ser analizadas. Pone en boca de un padre liberal que conversa con un cura — y esto no es más que un ejemplo entre tantos que podrían citarse — estas palabras: "Nosotros, nosotros no somos, ¿qué val?, no existíamos como entes individuales... Estos hijos nuestros sí que son, mismo si nos negamos a darles sitio. Se lo toman, mi estimado señor cura... De la misma manera como finalizó la época del colonialismo, aunque todavía aguantemos uno que otro gringo, también acabó el imperalismo de los padres". Esta defensa de la juventud y de su afán de independencia, esta exculpación...

importante. En este sentido, la comparación que establece Helén Ferro entre el colonialismo y el imperalismo de los padres resulta tan exacta como oportuna. Ocurrir en el gran mundo de las naciones lo mismo que en el pequeño ámbito de las familias. Pero no se agota con ello el problema de la obediencia. Detrás de la caducidad, tanto del colonialismo en lo grande como del imperalismo de los padres en lo pequeño, aparece un fenómeno nuevo. El deseo de independencia, el afán de libertad congénito en todo hombre no son suficientes para explicar lo que ocurre. Al respecto se habrá observado que las naciones que lograron su independencia, empezando con la India, la obtuvieron sin luchar, primero por medio de la resistencia pasiva, luego sin siquiera llegar a ese expediente. Y del mismo modo, la juventud se tomó su sitio, como dice Ferro, sin que los padres opusieran resistencia. Se hizo, pues, a un mismo tiempo abandono y rechazo de la obediencia. Los padres no la exigieron, los hijos no la prestaron, habiendo en términos generales que las...

ángulo el problema de los vínculos entre padres e hijos, con referencia a las cuales se han escrito tantas cosas que se habían alojado a consecuencia del desmesurado crecimiento de las ambiciones. Las palabras han sido elegidas con cuidado. No se han dado por rotas esas relaciones, que sería tergiversar la verdad. Sólo se han afeitado como se afeita de una nueva tesis, a la obediencia, y bien podría ser que de este modo se haya evitado, justamente, el que se rompieran. No hay que echar en saco roto el que los jóvenes suelen advertir a los mayores que "viven en otro mundo" y que "los tiempos han cambiado", pero no hay que desconocer tampoco que estos tiempos nuevos están unidos por un cordón umbilical a aquel otro mundo. Algo, lo más importante, sobrevive los cambios. Dentro de las transformaciones, la humanidad es una, y nada ha podido impedir que el individuo emerja de todas las tentativas de anularlo como hombre. De este hombre se ha dicho que es tal porque sabe que sabe. Se hubiera podido agregar que también sabe que siente. ¿Esto, qué significa? Que es capaz de concebir esperanzas. Ya no puede, como antes, entregarse a una fe ciega y fundar en ella la esperanza. Hoy la esperanza requiere un sostén más sólido, como lo es el saber y el estar consciente de los propios sentimientos. He aquí el cabo del hilo que permite desenredar la madeja de aquel aflojamiento de la relación entre padres e hijos.

En esa relación dominaba el sentimiento, una de las vertientes de la condición del hombre. Se quería a los hijos y no se planteaba el problema de entenderlos además, porque la vida de unos y otros transcurría en un mismo plano. Ahora transcurren en planos distintos, porque los mayores les es, inclusive, imposible adaptarse a las circunstancias renovadas poco menos que a diario, en tanto que la juventud parece ya naturalmente dispuesta para acomodarse a ellas. De ahí surgen peculiaridades que obligan a ingresar a la vertiente del saber y entender en la relación padre-hijo, que por esta causa se modifica sin desmedro del afecto pero sí con el repetido aflojamiento de los vínculos. Con esto tiene mucho que ver la renovación de la esperanza. Se ha repetido más de la cuenta, y Helén Ferro se hace eco de ello en su citado libro, que la juventud no sabe qué futuro la espera y que por esta razón vive al día. Grave error. ¿Hubo en el jamás de los jamás un futuro cierto, inequívocamente predecible? ¿No es y ha sido cada generación creadora de su propio porvenir? Las contingencias pueden haber sido más o menos aleatorias, las sorpresas tal vez menos, pero siempre el pensar en lo porvenir involucraba una esperanza. La diferencia entre ayer y hoy consiste en que antes la esperanza maduraba como el grano en la espiga, ahora revienta como los hongos. Antes la esperanza tenía un rumbo fijo, ahora ese rumbo es incierto, pero era esperanza la de antes y hoy es algo mejor, es superación. Antes se quedaba confiado en la esperanza, hoy se la promueve, se la espolea. La juventud contemporánea la percibe como un latigazo, no ya como la beatífica promesa en que confiaban sus mayores. A ese latigazo muchos lo comparan con la desesperación, como si fuesen los jóvenes y no los viejos quienes temen un apocalipsis atómico. No es así. Los jóvenes confían, y aún se diría que saben, que el fin del mundo no está cercano, porque a través de todas las mutaciones han conservado la inalterable condición del hombre, del ser que sabe que sabe, que sabe que siente y que, por consiguiente, vive y seguirá viviendo en y con la esperanza.

# LOS DAUCHAS DEL YEMEN

Por Abdullatif-El-May

CON una simple palabra no se le puede describir. Actúa de vocero de una tribu y de juez máximo, pero pertenece a la casta más inferior y vive al margen de los otros hombres. Está en condiciones de establecer el linaje de toda una tribu, pero desconoce cuál es su propio origen. Enseñan a los novios de buena posición entre la nobleza de la tribu como deben comportarse con sus novias, pero no se puede casar por encima de su nivel social.

Los dauchas forman una clase de árabes que son indispensables para la vida de las tribus en este remoto país, en el cual la mayoría de sus habitantes son tribios.

Daucha deriva de una palabra árabe que significa ruido o tumulto, pero lo sorprendente del caso es que los dauchas son gente tranquila.

Cada tribu importante emplea a uno o varios dauchas, y a pesar de pertenecer a una casta inferior son muy apreciados. Si uno de ellos es asesinado la ley de la tribu exige, en concepto de dote, una indemnización equivalente a 35 mil dólares, o sea diez veces superior a lo que se exige si la víctima es un tribio normal.

Cuando dos tribus están en guerra — un hecho normal de la vida en este país de guerreros que siempre van provisto de un fusil — corresponde al daucha llevar las conversaciones de paz, el intercambio de prisioneros o el pago de rescates. Cada palabra que dice se considera como dada por toda la tribu, y no puede ser retirada.

Muchos dauchas pueden memorizar mensajes de miles de palabras y recitarlos sin olvidarse de una preposición.

En la guerra, el daucha es quien lleva la bandera y está inmune de agravios, porque "un tribio empuñaría sus manos y puñal si derramara el sangre de un daucha", en las palabras de un jefe de tribu.

Aunque el daucha es el recurso final al que se recurre cuando una corte de la tribu no puede solucionar una disputa, él mismo no puede prestar testimonio en el proceso de nadie, porque perteneciendo a una casta inferior no puede aparecer ante un juez.

El daucha lleva una vida casi miserable porque vive de lo que le dan los novios que los consultan antes de su boda como deben tratar a las novias. La mujer del daucha se cuida de instruir a la novia.

Los dauchas generalmente viven en tiendas que levantan en las afueras de un campamento de una tribu rodeada por sus camellos, monos y perros guardianes. Sus vestimentas y otras cosas que les pertenecen han sido heredadas usualmente de los muertos, pues obtienen una participación de las cosechas que pertenecía a una persona muerta.

En sus momentos libres, el daucha compone poemas elogiando a los hechos bélicos gloriosos de su tribu y lanzando desprecios a sus enemigos.

Por una pequeña suma, el daucha puede contar a cualquier miembro de la tribu todo lo relacionado con sus parientes y antepasados. Puesto que la ciencia del daucha es transmitida de padres a hijos, muchos dauchas pueden remontarse en el árbol familiar hasta 100 generaciones.

SANAA, Yemen, (A. P.).



Los dauchas del Yemen pertenecen a castas tan inferiores que deben vivir apartados de los otros hombres. Residen en tiendas que levantan fuera de los muros de las ciudades. Este campamento está situado en la parte exterior de la población de Haddah, cerca de Sanaa.



Ally Nasser, de 80 años, enseña a su hijo Mohammed sobre el sistema de la tribu, las costumbres, tradiciones y la ley común. Nasser y su hijo, ambos dauchas, viven en una tienda cerca de Sanaa, en el Yemen. Los dauchas son sumamente estimados entre las tribus por su habilidad en memorizar extensos pasajes así como por el conocimiento sobre los parientes y antepasados de todas las tribus.

# La Esperanza

Por Alfredo Cahn

Para LA VOZ DEL INTERIOR

ción de los mayores que se han dedicado a arrear las riendas, merece un examen detenido.

El que los hombres antes, en su respectiva juventud, no hayan existido como entes individuales — aceptando el dictamen como cierto — puede haber tenido dos causas: o el rigor y la vigencia de la obediencia o el haber sido ellos los herederos de la esperanza, según el título de la última obra de H. A. Murena. Ferro habla de un imperalismo de los padres, y con ello la alternativa parece resuelta a favor de la obediencia. Sin embargo, yendo al fondo de la cuestión, la situación se plantea en otros términos. Se ve entonces que antes las generaciones sucesivas vivían y se desarrollaban al compás de una evolución constante, si pero lenta. El oficio del padre podía ser muy bien el oficio del hijo, del nieto y aún del nieto nieto. La revolución industrial modificó el ritmo de esa modalidad y la evolución se volvió progreso. Parece un simple juego de palabras, pero en realidad se dice algo enjundioso, afirmando que en el progreso se generó el afán de progresar. Los primeros progresos, en efecto, eran lentos y tímidos, y sólo cuando se comprobó que ellos abrían nuevas perspectivas y cuando se llegó a intuir, y más tarde, a percibir la envergadura de las posibilidades que esos progresos involucraban, el deseo de progresar se convirtió en afán y afán en fiebre. Es entonces cuando el oficio del padre empezó a ser un oficio no apto para el hijo. Pero es entonces también cuando junto con nuevas posibilidades surgían nuevas ambiciones. Estas ambiciones aflojaron paulatinamente los vínculos entre padres e hijos, en los que la obediencia desempeñaba un papel muy

excepciones no hacen más que confirmar. Esto es un hecho inconcuso en el que unos han de ver un cuadro sombrío y otros, un augurio feliz. Ello depende, desde luego, del punto de vista que se adopta y que puede ser el del padre que se considera dueño de sus hijos, del que se siente responsable de su ventura o del que se diga que en un mundo en constante y vertiginosa transformación cada nueva generación se ha de adecuar, y se adecúa, a nuevas situaciones. Para cada uno de esos puntos de vista hay una justificación, y cada uno suscita una y la misma duda: ¿son compatibles con el amor, tan esencial para la relación padre-hijo? No son pocos los que consideran prescindible el sentimiento afectivo y que confunden la independencia de los jóvenes con desapego. Están, seguramente, tan equivocados como quienes no pueden descubrir amor en el padre que procede como dueño de sus hijos o quienes arguyen que el sentido de responsabilidad, en el caso, tampoco es prenda de amor. Lo dicho basta para que que se descartada la idea de que se pudiera haber desnaturalizado el núcleo de la institución de la familia. Si la reflexión no fuera suficiente para demostrarlo, lo probaría la experiencia de Rusia, donde la primera medida revolucionaria que se revocó fue precisamente aquella que tendía a la liquidación del núcleo familiar.

No en vano se ha pasado en estas disquisiciones de la obediencia al amor. Una y otro parecen haber entrado en crisis y no faltarán quien diga que han quedado prácticamente abolidos y que sólo persisten como idea o concepto. Esta equivocada apreciación obliga a enfocar desde otro

caso desierto; frente a frente y entre ambos, las consabidas tazas de café. — ¡Dijo mi amigo rompiendo su mutismo — siempre indago acerca de los inclinaciones personales... diría mejor... de las inquietudes íntimas, a veces inconscientes, porque tengo la seguridad de llegar al subconsciente y prevenir el desencadenamiento de un trauma irremediable. La correspondencia psico-física es indiscutida como lo atestiguan las cenestopatías y la cenestesia. No voy a citar los ensayos de Williams James, ni a Freud, ni siquiera a Leonardo Bianchi, Ugo Cerletti o a Delgado, simplemente lo repetiré con Kant que el pensamiento sin la intuición, es ciego, pero que la intuición sin un concepto, no es ciencia. Yo tengo la intuición y el concepto, por eso mi ciencia es superior. Existe en el organismo un potencial magnético, que bien conocido, de múltiples y asombrosas manifestaciones, que puede manejarse para producir curas y hasta una vida feliz y sin término. Si los seres rudimentarios son inmortales, como muchos protozoarios, no tiene explicación porque los superiores, más evolucionados, han perdido esa primigenia condición.

El tono de su voz había subido con el entusiasmo de su exposición y en las mesas próximas los clientes abandonaban sus conversaciones para escuchar al ocasional disertante.

— Toda la medicina actual — continuó mi amigo exaltándose paulatinamente — basada en silenciar el síntoma de un órgano que se queja enfermo, es una medicina sin profundidad, anticuada, inútil, lenta y paliativa: Hormonas, inter relaciones, cargas nerviosas, caldo hondo en el metabolismo, dominar la simbiosis... ese es el camino... Dejemos los viejos moldes: el cosmos es casi nuestro. Arroremos los viejos instrumentos de nuestros curanderos, aventureros, tanto que vienen empujando nuestra farmacopea desde el polvo de patas de cangrejo hasta la penicilina, la nitrofurazona, la procaína o el electrochoque. Sacudamos la sicosis del mundo actual, equilibremos los conceptos. Se cantan loas a la Libertad y quien la logra, amordaza a quienes la pretenden; conquistaremos las galaxias y nuestro planeta permanece ignorado; se espanta la humanidad ante el fantasma del hambre y se contrae la natalidad sin relacionar los factores ecológicos, genéticos y hasta estadísticos con la distribución de los anticonceptivos, mientras las selvas y los océanos están llenos de nutrientes y existen miles de brazos, inmensos materiales, fabulosas fortunas, inactivos.

— Sigue el hombre afeitado a la rueda para producir el movimiento; sigue el hombre empeñado en construir su vivienda, como el hormero, amontonando trozo a trozo los materiales en la medida que su mano alcanza; sigue buscando la felicidad, pero aplicando armas "armados para la paz"; confiado su salud al deporte y se agolpa en tribunas, inmóvil, sudoroso o aterido, contemplando a unos pocos que lo practican, muchas veces, mistificado o anodino. El porvenir de la ciencia está en manos del dinero que la orienta, la promueve o la anula según estudios contables; amenaza peligrosamente al arte una esquizofrenia sexualizada donde la tentadora urgencia de las mujeres y las mujeres de los creadores mataban a los otros creadores. Había que destruir al viejo Levitán. Y Discepolo lo intuyó en la hostilidad de una noche histórica, con miradas como garfios que caían en el escenario del Cervantes, en cuyos signos (a ese escenario fue de Gregorio López Naguil) se movían Fanny Navarro (Antígona), José de Angelis (Facundo Galván) y Daniel de Alvarado (Lisandro Galván).

Cuando el telón cayó sobre las últimas palabras de un día, cocecharán en esta pampa el fruto de tanta sangre", el viejo Levitán ya estaba muerto, porque las miradas como garfios se habían convertido en una ovación que inauguraba el tiempo nuevo de Buenos Aires. El desafío de Discepolo y el triunfo de Marechal acabaron definitivamente con los ropaveces del teatro. El teatrero imbatible se había de hueso. ¡Poco después, el mismo triunfo habría de repetirse en el Teatro de las Naciones, en París).

2. — LAS DOS ANTIGONAS

La "Antígona" de Marechal moderniza el mito del que ya se había servido Sófocles en el siglo IV a. de J. C. En éste, la prohibición de Creonte de dar sepultura a Polines, moviliza los sentimientos de Antígona. La vuelcan hacia un deber que cree superior al decreto del tirano. Sabe que a la muerte de Edipo sus hijos Polines y Eteocles luchan por el dominio de Tebas. El primero ataca la ciudad donde el padre prevenciera con su madre, impulsado por la fatalidad. El segundo defendiendo una heredad, arrastrado por la ambición (reiteración inabordable) de una hegemonía no menos fatal y decidida. Pero ella

Ingmar Bergman: CUATRO OBRAS. (Traducción de Marta Acosta van Praet, 313 páginas, Editorial Sur, Buenos Aires, 1966).

No es lo mismo comparar la obra de un escritor con lo que de ella ha hecho un director cinematográfico que comparar lo que un Ingmar Bergman ha escrito con lo que él mismo ha traducido luego en imágenes. En "Cuatro Obras" el célebre director sueco empieza por explicar en un prefacio sus inquietudes artísticas en general y sus técnicas y procedimientos filmicos en particular, y termina por transcribir no el guión sino las originales versiones literarias de cuatro obras suyas que juzga representativas de sus distintas posibilidades y finalidades, a saber "Sombras de un hombre", "El séptimo sello", "Cuando huí y el día" y "El mago". Aun cuando en esas versiones originales domina ampliamente el diálogo, no puede afirmarse a su respecto que tengan el carácter de obras de teatro, pues donde estas interrumpen los parlamentos con indicaciones para la puesta en escena, en el libro de Bergman esas cesuras dan cabida a re-

# Notas Bibliográficas

latos. Es por eso que no se puede hablar de "libretos" en el sentido que generalmente se atribuye a los textos dramáticos, y menos aún de guiones, que son de factura completamente distinta. De lo que se trata en realidad es de visiones literarias que en Bergman son anteriores a sus visiones cinematográficas, y no sólo la materia prima de éstas. Lo que concibe Bergman escritor es literatura en la mejor acepción de la palabra, y esto explica, fuera de toda duda, no la calidad sino la cualidad de sus películas. Pone en evidencia que Bergman no es hombre de teatro o novelista que se da volcado al cine, lo que siempre representa algún tipo de claudicación. Es la simbiosis del hombre de letras y del cineasta, el hombre que con el mismo arte traduce sus concepciones y visiones en palabras que en letras de molde lo que insinúa en sus imágenes y

que en sus imágenes dice lo que insinúan sus palabras. De allí la unidad compacta de sus realizaciones cinematográficas, de allí también el que pueda darse el lujo de impregnar de sentido y pensamiento no superficial a sus creaciones filmicas, el poder despreocuparse de los efectos fáciles y no obstante conmovier a un público numeroso y no demasiado habituado a reflexionar sobre el mensaje contenido en una película. Es una experiencia en verdad subyugante el tomar conocimiento del escritor de "Cuatro obras". A. C.

LLAMADAS DE ATENCION

La Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba se ha visto ante la necesidad de reimprimir por segunda vez el estudio de Hanz Kelsen "¿Qué es la

justicia?" ya que sus anteriores ediciones, de 1956 y 1962, han quedado agotadas. Huelgan los comentarios.

Los cuentos de Julio Torres, en su mayoría del ambiente misionero, gozan de evidente preferencia de parte de los lectores de esta doña página dominical. Su autor los está reuniendo, junto con otros, en un volumen que espera ver aparecer en el transcurso del próximo año. A la vez está entregado a la creación de su primera novela, motivo principal por el cual se han tenido que echar de menos sus colaboraciones, de un tiempo a esta parte.

En Buenos Aires falleció, hace pocos días, José Ramón Luna. Antes de haberse casado con la crónica cinematográfica y probar suerte como productor de una que otra película, Luna ya había

logrado justo renombre como narrador de episodios de tierra adentro, ya sea en los versos de "Guscha Loro" y "Caja Chayera", ya en los cuentos de "Hasta-Fuera". Fue de los primeros que llevaron los temas del folklore de los valles andinos del noroeste hacia la creación artística y a través de ella hacia la sensibilidad del hombre de la ciudad metropolitana, pues sus libros son de la década del treinta, aquella en que Fausto Burgos desde la mendocina San Rafael rompió lanzas por igual a favor de un arte autóctono que luego la apreciación superficial ha confundido con el folklore del que sólo ha tomado origen e inspiración.

Se cumplen ahora quince años desde que León Fernando Funes escribió los poemas del tiempo que luego incluyó en su "Antología inédita". Habrá que recurrir una y otra vez a este tomo, que quedó en único, para palpar la realidad poética de aquel momento y para medir las posibilidades que la lírica cordobesa moderna que tiene que reconocer en Funes un precursor valiente y valioso.

Parmann Cioccio

Para LA VOZ DEL INTERIOR

PRECISAMENTE así, lo hallé a Isidoro, por casualidad. Feliz casualidad, por cierto, pues Isidoro — tal vez había sido mi condiscípulo o amigo en aquellos años, no muchos, cuando ambos curábamos medicina. Su inteligencia y su constancia pudieron mas y al comprender que la carrera no se había hecho para mí, el andar de la vida nos separó hasta ese instante reservado a una esquina céntrica para el reencuentro.

— ¡Pero hombre, qué alegría! — exclamé anticipándose a mi lógica reacción y abrazándose efusivamente.

— ¡Tanto tiempo...! — balbuceé retribuyendo la fraternal expresión.

— Casi te diría que presentía el encuentro... venía pensando en aquellos tiempos de estudiantina en la pensión de la madreña regordeta y salerosa...

— ¡Vaya la coincidencia...!

— ¡Acaso tú también?!

— ¡No... no...!

— ¡Hombre, bien pudo producirse un caso telepático... y qué tal? a qué te dedicabas?

— Me conformé con el magisterio... ¿y tú?

— Doctorado. Tengo una clínica siquiátrica.

— Te felicito; siempre tuviste vocación por la especialidad.

— No me quejo; tengo mucha clientela y realizo, además, investigaciones que me proporcionan grandes éxitos.

— Me alegro doblemente...

— En estos días parto para el país del norte, donde, quieran o no, me incorporaré a la clínica del doctor Jacobson para demostrarle que la transmisión de la memoria, en caso de animales, es posible también en los seres humanos.

— Transmisión de la memoria...!

— ¡Sí, sí... de la memoria, lo habrás leído: se trata de una inyección de extractos cerebrales, ricos en ácido ribonucleico. Esos extractos, provenientes de un animal adiestrado, son inyectados a otro que no lo está y este, adquiere el adiestramiento del primero.

— ¡Interesante...!

— ¡Asombroso dirás... imagínate que una transmisión de memoria en el hombre, es una transmisión de conocimiento inmediato, anulando el tiempo del aprendizaje y dejando libre toda la vida para proseguir avanzando en la información.

— ¿Crees posible ensayar esa inyección en los seres humanos?

— En confianza te diré que ya la he ensayado, con óptimos resultados, en un paciente de mi clínica. A mi vuelta del norte te informaré con detalles; será una revolución en las bases de la ciencia: habrá inyecciones para cada curso y para cada materia, primario secundario, o universitario. El mejor alumno y el mismo profesor proporcionará el material. La bioquímica producirá seguramente los extractos en forma sintética, y el uso, los riesgos y el costo, se facilitarán.

— ¡Claro, claro... es asombroso...!

— ¡Por eso me persiguen...!

— ¿Te persiguen?!

— Toda una organización está en mi contra: quieren arrancarme el secreto de mis investigaciones con fines de lucro... acaso de política internacional...

— ¡Siempre el hombre enemigo del hombre... — respondió sonriendo.

— ¿Lo crees así...?!

— ¡A veces...!

— ¡Antropofobia... — murmuró interrumpiéndome.

— ¡Por eso me refugio y reconforto en la vida hogareña, continué.

— ¿Muy a menudo?

— Cuando mis ocupaciones lo permiten... o la enfermedad me obliga...

— ¿Le temes a las enfermedades...?!

— ¡Nosofobia...!

— ¿Decías...?!

— Perdonarás mi interés en adelantarme en las personalidades con fines científicos, pues mis investigaciones son muchas, y en este caso, nuestra mutua confianza me alienta para formularle ciertas preguntas, si no te molesto con ello.

— ¡Si puedo serle útil en algo... — contesté algo inquieto — pero, ¿no te parece mejor sentarnos en cualquier bar... y conversar tranquilos...? Así lo hicimos en uno, felizmente muy próximo. Por la hora, media mañana, el salón

# UNA VERSION DE ANTIGONA

1. — DOS POETAS DE BUENOS AIRES

EL 25 de Mayo de 1951, en el Teatro Nacional Cervantes, Enrique Santos Discépolo desafió a la familia teatral con la puesta en escena de la "Antígona Vélez", drama en seis cuadros de Leopoldo Marechal. El hombre del teatro ("Con este tango que es burlón y compadrito / se ató dos alas la ambición de mi suburbio", "El Cholco", 1903, letra de Discépolo y M. Catán) arrastraba al hombre de la poesía ("Días como flechas", 1926) que tres años antes, en 1948, había inquietado a Buenos Aires con su nombre, inagotable "Adán Buenosayres". Pero el hombre del tango y el hombre de la poesía eran dos poetas de Buenos Aires. Discépolo y el hombre del tango se objetivaba a través de un código cuyas claves viajaban en la mirada prepotente y esperanzada del porteño. Marechal emerja de una Cártago de cemento, poblada de monstruos, donde las tumbas (es posible que Dante lo olvidara) en vez de fuego, arrojaban las incandescentes balas de silencio con que los creadores mataban a los otros creadores. Había que destruir al viejo Levitán. Y Discépolo lo intuyó en la hostilidad de una noche histórica, con miradas como garfios que caían en el escenario del Cervantes, en cuyos signos (a ese escenario fue de Gregorio López Naguil) se movían Fanny Navarro (Antígona), José de Angelis (Facundo Galván) y Daniel de Alvarado (Lisandro Galván).

Cuando el telón cayó sobre las últimas palabras de un día, cocecharán en esta pampa el fruto de tanta sangre", el viejo Levitán ya estaba muerto, porque las miradas como garfios se habían convertido en una ovación que inauguraba el tiempo nuevo de Buenos Aires. El desafío de Discépolo y el triunfo de Marechal acabaron definitivamente con los ropaveces del teatro. El teatrero imbatible se había de hueso. ¡Poco después, el mismo triunfo habría de repetirse en el Teatro de las Naciones, en París).

2. — LAS DOS ANTIGONAS

La "Antígona" de Marechal moderniza el mito del que ya se había servido Sófocles en el siglo IV a. de J. C. En éste, la prohibición de Creonte de dar sepultura a Polines, moviliza los sentimientos de Antígona. La vuelcan hacia un deber que cree superior al decreto del tirano. Sabe que a la muerte de Edipo sus hijos Polines y Eteocles luchan por el dominio de Tebas. El primero ataca la ciudad donde el padre prevenciera con su madre, impulsado por la fatalidad. El segundo defendiendo una heredad, arrastrado por la ambición (reiteración inabordable) de una hegemonía no menos fatal y decidida. Pero ella

también es hija de ese Edipo prevaricador, y es hermana de Polines y Eteocles. No admira la imposición de un tirano que assume el gobierno cuando la tragedia ha devorado esa Tebas en



la que, sólo Edipo, el varón absoluto, pudo vencer a la Esfinge impúdica y suficiente que todos los años se preñaba de presagios invencibles. Antígona le dará sepultura. Enfrentará a Creonte en nombre de otra ley preexistente, superior al dictado del hombre. Pero su desobediencia incluye un crimen, y éste un castigo. Antígona es condenada a reclusión perpetua en una caverna. Cuando Creonte medita sobre la enormidad de su conducta, el mensajero traerá la noticia luctuosa: Antígona y Hemón, el hijo de Creonte, desposados en las tinieblas, han muerto en la caverna maldita.

En la "Antígona" de Marechal (a "Antígona Vélez"), ubicada en la pampa sangrienta que se debatía contra el malón, Facundo Galván, señor de las tierras que amanece a la civilización, ordena, como Creonte, que no se de sepultura a

Por Juan-Jacobo Bajarla Para LA VOZ DEL INTERIOR

Ignacio Vélez por haberse pasado al enemigo. Los indios, en una de sus tantas batallas contra el blanco invasor y despótico, han atacado "La Postera" con Ignacio Vélez a la cabeza. Y en una de sus batallas ha muerto éste y ha perecido, también, su hermano Martín Vélez que ha defendido la ciudadela. Pero Antígona Vélez es de la pasta sófoles. Cruza una noche el campo de batalla, sembrado de los cadáveres y queridos manos, la sepultura que ha de cubrir los desposos del maldito Ignacio Vélez ("Era mi hermano y el tuyo"; Gritaría su nombre: lo tengo atravesado en el pecho, cuad. I. "Le tenía miedo a la oscuridad; ¡y me lo han acostado ahora en la noche, sin luz en la cabeza!", cuad. III).

La rebelión de Antígona Vélez en nombre de una ley superior a la del hombre, conlucará la trucidación de Facundo Galván. El castigo será mucho más cruel que el concebido por Creonte. Ordenará que monte en un potrero para cruzar la línea de fuego donde los indios velan sobre sus lanzas palpitantes. Será un caballo desbocado hacia la muerte y el sol poeniente, en cuyas manos flocha sobre un mismo caballo los había desposado en la muerte, como a la Antígona sófoles con Hemón. Pero en Sófoles la muerte será esterilidad. En Marechal será la fundación del avance contra las fuerzas regresivas.

3. — ESCOLLO FINAL

Dije deliberadamente drama y no tragedia (exaltadamente como en las fencitas de Eurípides, cuyo argumento excluye la muerte de la heroína) porque las dos Antígonas, la sófoles y la de Marechal, pudieron salvarse con nada más que decirlo. Aquella pudo huir con Hemón, y ésta con Lisandro. Pero prefirieron asumir su responsabilidad (la inhumación del hermano) sometiéndose al castigo. Y en ambos dramas el personaje principal el agonista permanente, retirado por los coros, es la idea del deber. De ahí que sólo haya acción interior, es decir un diálogo que muestra las alternativas de un pensamiento y sus verificaciones, suficiente para inmortalizar con su catarsis al espectador. Y este es el mérito de Marechal.

Buenos Aires, 1966.